

## LOS LIBROS

---

### *El Romanticismo en la América Hispánica*, DE EMILIO CARILLA

TERMINADA la lectura de *El Romanticismo en la América Hispánica*<sup>1</sup>, de Emilio Carilla, catedrático de Literatura Hispanoamericana en la Universidad de Tucumán, Argentina, sobrenada una impresión útil y panorámica.

Libros sobre períodos literarios americanos son escasos. Para el especialista es barrera diaria no tener a mano otros textos que los ya consagrados a una perspectiva más amplia (tal vez demasiado extensivos), o dispuestos en lindes nacionales, también con las consiguientes extensiones verticales de proyección diacrónica. Obra clásica es la elaborada por el reconocido dominicano Pedro Henríquez Ureña (1884-1946), titulada *Las corrientes literarias en la América Hispánica*. De aquí la importancia del presente volumen acerca del Romanticismo como expresión literaria de gran parte del siglo XIX americano.

El libro del señor Carilla está dividido con claridad en dos sectores. Tan definido no pareció ser el propósito. Primero trata del romanticismo en los países de habla y origen españoles de América. Esta parte más voluminosa tiene su complemento de mayor cohesión y limpidez expositiva en la segunda sección referente al romanticismo en el Brasil. De esta bimembración surgió el título de "en la América Hispánica". Si bien a ojo externo y rápido parece esta separación un recurso metódico, encierra algo más profundo señalado por el autor. La realidad cultural del siglo XIX no permitía el tratamiento común de los países ibéricos con el país de origen lusitano. Las

<sup>1</sup>Emilio Carilla. *El Romanticismo en la América Hispánica*. Biblioteca Románica Hispánica, Col. Estudios y

Ensayos, v. 40. Editorial Gredos, Madrid, 1958 (512 pp.).

conformaciones sociales, el desarrollo político y los ingredientes culturales se graduaron de diverso modo. Mas en la práctica del libro se ofrece otro aspecto —éste de carácter exclusivo del “sujeto” o “tratadista”— y es que lo correspondiente al romanticismo del Brasil muestra una superior consolidación y síntesis del método ya utilizado en la primera parte. Al parecer, la complejidad del romanticismo en la América española obligó a diluir el objeto tratado. Sin embargo, admitiendo todos los riesgos y los propósitos advertidos por el profesor Emilio Carilla, insistimos en el provecho de la monografía presente.

En la *Introducción* se explican los motivos de la investigación y los planes de la obra. Desde la partida, están presentes las directrices del maestro Henríquez Ureña. Como bien escribe el autor, se trata más de la época que de los autores y las obras románticos. Como el acercamiento de investigación es el histórico, la cronología ha sido base indispensable para la exposición de la materia. Tras la visión histórica, vienen las consideraciones generales de *Independencia política y Romanticismo, Europa y América, y Actitud romántica y prerromanticismo*; luego los flujos de ideas (influencias de ingleses, alemanes, franceses, italianos y españoles); posteriormente, se disponen otros capítulos sobre doctrinas y polémicas, los instrumentos de la lengua y las técnicas literarias, para culminar en los llamados géneros (la lírica, el teatro, la novela, el cuadro de costumbres, las “tradiciones”, las memorias, los viajes, etc.) y el movimiento agrupacional del continente con sus respectivos representantes (ver caps. x al xiv). Las consideraciones finales se hacen en el cap. xv, *Del romanticismo al modernismo*. Casi semejante camino se desarrolla para el estudio de esta tendencia en el Brasil, segunda parte del volumen.

El cap. III, *El Romanticismo en Hispanoamérica*, es el cañamazo de la investigación. Allí se exponen las ideas básicas o el sustento ideológico de la interpretación. El romanticismo se da en comunión con el desarrollo político y social denominado “período de independencia”. Como tal, el romanticismo es movimiento de ideas y encierra una actitud esencial política y mejor, ya que “política” suele presentar rebordes insospechados, el romanticismo americano significa una actitud cívica, trascendiente a la acción y a la sociedad. Tal tendencia, sin embargo, no indica que sea paralela a la independencia política. Como escribe el señor Carilla, “en regiones que aún siguieron dependiendo de España —como Cuba y Puerto Rico—, igual triunfa la corriente, y no con menos fervor y valor que en otras partes del con-

tinente" (p. 42). Si es cierto —como expone el autor— que no siempre la extensión de un movimiento cultural en América coincide con el de Europa, esto no quita que el romanticismo sea expresión de lo americano y se haya dado a la par del de Europa. Síntoma general es que los escritores del continente americano posean un ansia vital de romanticismo. El desarrollo amplísimo del "barroquismo" colonial y la larguezza de vigencia del "romanticismo" hasta el fin mismo del siglo pasado, son pruebas de un carácter ajeno al del otro lado del Atlántico. Los grupos de élite no son solamente directivos en lo político sino también en lo cultural, y hasta hace algunas décadas, sectores sociales de países ecuatoriales mantenían un cetro intransferible. Esto aprueba otro concepto ya señalado: la unidad "acción política-expresión cultural". En lo cultural, los americanos no hemos caído en el subdesarrollo hoy tan a flote, sino, casi a lo opuesto, un sobredesarrollo que nos hace divergernos en nuestras actividades, intereses y pensamientos. Para el profesor Carilla es más útil plantear un tanteo que es controvertido por los datos del libro mismo. Para obviar una interpretación del fenómeno romántico americano escribe: "Aceptamos un Romanticismo en Hispanoamérica. Es decir, algo bien sabido: concepción del mundo y de la vida, un arte, una literatura romántica que nace y se conforma en Europa y que de Europa pasa a América" (p. 41). Romanticismo entre los americanos y no "de" los americanos. Por nuestra parte, no concordamos con tal modo de trasplante cultural. Similar explicación cabría para el fenómeno literario del Modernismo. No puede darse tendencia más llena de elementos extraños a América y más heterogéneos. La conciencia nuestra, mal que nos pese, ha hecho índice común americano la fórmula del Modernismo como "expresión americana". El propio camino se autoaniquiló y derivó a otras tendencias dentro de la primera década del siglo XX, siempre al toque de campana de procederes europeos. ¿Qué rasgos singulares nacieron en América? Ninguno singular, pero sí nació aquí el modo combinatorio feliz. En especial dentro de la poesía, advino la coyuntura estético-social, el quiebre de la imagen tradicional, la angustia de una expresión propia, un fuerte sentimiento de la naturaleza, etc. Así, el germen romántico es de procedencia europea. No dudamos. Pero en América se gestó la impureza. Como expresó el venezolano Arturo Uslar Pietri (1905) en *Letras y Hombres de Venezuela*, en América existe el mestizaje cultural. No deja de ser extraño el que doctrinas más reposadas y de mayor peso reflexivo sobre el Romanticismo se realicen entre americanos y no entre europeos de la época.

José María Heredia (1803-1839), el cubano autor del *Teocalli de Cholula*, expuso sus teorías sobre la novela histórica y Walter Scott en polémica con el venezolano Domingo del Monte (1804-1853) en periódicos cubanos. El sabio Andrés Bello (1781-1865) compuso la proclama ideológica en su poema *Alocución a la Poesía*, siendo un talento de medida y de calidad magisterial. Lo que se puede rebatir aquí, puesto que se considera a Bello y Heredia como a precursores, tiene apoyo ya en figuras de calibre romántico. Esteban Echeverría (1805-1851), en el Río de la Plata no pudo atenerse solamente al desbocado romanticismo. Su inspiración en lo que a sus ojos penetraba, su doctrina de la independencia cultural y su canto al "nacionalismo" literario, lo condujeron al método realista, a la técnica de la sátira, a la observación minuciosa adecuada al estático "cuadro de costumbres". No otra cosa son sus prosas *El Matadero* y *Apología del Matambre*. Es decir, la expresión continental tiene deslindes imprecisos entre un romanticismo de factura europea y una búsqueda consciente de lo "propio" y americano. De aquí que la proclama de Bello pase inadvertida por su medida. De aquí que las polémicas y doctrinas toquen más el pensamiento social (con un romanticismo de filosofía y de sociología más que literario) y que todos, cual más cual menos, presenten los claroscuros de una época informe y de organización. Para muchos románticos iniciales la literatura es un medio. Después, a partir de la segunda mitad del siglo, el pensamiento positivista hará derivar literariamente hacia un rápido realismo, un constante populismo y un marcado prosaísmo. La reacción posterior modernista no vendrá a golpear en puertas románticas, sino más bien en puertas faltas de calidad estética, pues ya ni son poseedoras de la "inspiración romántica", la "fantasía" o la apetencia "descubridora de lo propio". Es claro que contradicciones no sólo se hallará en escritores de estirpe americana. Por ejemplo, un detractor del romanticismo en Chile, como José Joaquín de Mora (1783-1863), se comportó como traductor de ingleses, imitador de Lord Byron en su poema *Don Juan* y demoledor consciente de una educación neoclásica, pues su liberalismo político lo guió a simpatizar con la revolución americana, siendo un español neto, de origen gaditano. Así, el chileno José J. Vallejos, Jotabeche (1811-1858), reacciona satirizando al romanticismo, pero su tendencia costumbrista lo impele a tal procedimiento, siguiendo la huella de los españoles como Larra. El "nacionalismo" de Jotabeche es, sin embargo, producto del momento romántico.

El profesor Carilla muestra que la renovación romántica tuvo su campo más abonado en donde no existía una trayectoria literaria del momento colonial. A este respecto, cabe indicar la enorme validez que adquiere la figura de Esteban Echeverría en Buenos Aires, quien es directo introductor del romanticismo francés, innovador de las ideas sociales y cívicas y, él mismo, un perfecto práctico; por tal motivo, líder del tal vez único grupo generacional del continente. Si es cierto, como señala el profesor Carilla en el cap. III, que "Méjico, Perú, Colombia, de rica —o más rica— producción durante la época colonial, son más conservadoras", no deja de sorprender un desafuero romántico a lo José Eusebio Caro (1817-1853), en Colombia, tan cumplidamente conservadora en lo social. Además, tal opinión del señor Carilla tendría sus inconvenientes en los desarrollos posteriores de la poesía modernista, puesto que mexicanos como Gutiérrez Nájera y Díaz Mirón, colombianos como José Asunción Silva, y peruanos como González Prada, van a ser reformadores y, más aún, van a vibrar al compás francés, introduciendo un modo de ver el mundo distinto al romanticismo vecino todavía. Los intentos de "conciliación" cultural entre la etapa dependiente del Imperio español y la de independencia o vida republicana, no pueden catalogarse de tal en regiones en donde el costumbrismo rompe toda unidad y en donde la vibración social ha sido más sostenida, aunque sólo en estos instantes parezca dar resultados. El caso de Ricardo Palma (1833-1919), con el que ejemplifica el señor Carilla esta circunstancia, es explicable por la permanencia de "lo español" en el Perú y su retraso en el movimiento independizador, como en el caso de Cuba; pero es algo ajeno a la trascendencia del pasado colonial literario; sí, y mucho, tiene que ver con el estado social anterior. Además, la inquietud "nacional" expresada en Argentina o en Chile entre 1830 y 1845, no era indispensable entre los circunstantes limeños, dado que no otra cosa que nacionalismo venía a ser todo el humanismo, la gracia y el barroquismo de los siglos cortesanos (XVII y XVIII). El costumbrismo satírico y la versión de las "tradiciones" tuvieron su propio eje vertical.

En cuanto a la actitud vital romántica encontramos que es adecuado, como primer intento, un orden de este tipo, y coincidimos en que hablar de antecesores del romanticismo limita a hombres que desbordaron todo recinto particular de las letras, como es el ejemplo de Olmedo y de Bello. Más discutible es la posición para el cubano José María Heredia, quien hasta parece escaparse de toda regularidad. Por sus fronteras cronológicas calza dentro

de la primera generación romántica. Todavía, su temprana vocación literaria lo lleva conscientemente a introducir nuevas obras europeas, señaladamente de ingleses. Traductor, ejercitado en los clásicos latinos por sus estudios, penetra en la ideología romántica a través de su teoría sobre Walter Scott y la novela histórica. Aún más, su conciencia le hace divulgar a Lord Byron y señalar su importancia para las letras románticas. Dentro de estos marcos estrechos de un comentario, cabría colocar a guisa de ecuación provisoria: Heredia como divulgador de un romanticismo anglosajón (un tanto anterior y matizado con respecto al francés) y a Echeverría como eje del francés.

A partir del cap. iv, el señor Carilla recoge valiosos datos, referencias de los influjos europeos, las diversas técnicas del verso y la conciencia de una lengua que debía ser empleada en todas sus posibilidades. Los apoyos en las citas textuales aclaran en sumo grado tales aportes de la monografía. Con respecto a los capítulos siguientes sólo cabe reflexionar brevemente sobre la importancia del teatro. Como un tanto profunda es la erudición frente al tema, emerge de las páginas una impresión un tanto peligrosa. No todo lo del teatro fue representado, y no todo lo representado fue de calidad. Esto último es constante mención del profesor Carilla, quien demuestra claridad expositiva y didáctica. Otro caso para meditación posterior es la escasa referencia al ecuatoriano Juan León Mera (1832-1894) y su obra *Cumandá*. Esta novela no es simplemente de nivel histórico, sino que porta una actitud "indianista" necesaria para la gran renovación narrativa del final de siglo, el "indigenismo" tanto novelístico como ideológico. En cuanto a las distribuciones generacionales, desarrolladas en el cap. xiv (pp. 362-369), sólo es dable precisar las dos primeras (1800-1830 y 1830-1850). Los posteriores nombres cabalgan ya entre fronteras difusas. Aun, casos como los del chileno Alberto Blest Gana (1830-1920), con sus novelas realistas, y de Juan Zorrilla de San Martín, el uruguayo de *Tabaré* (n. en 1857-m. en 1931), indican la dificultad de aplicar lo "generacional" a un grupo continental heterogéneo dentro de un todo reconocible como integral.

De aquí lo que para nosotros es más digno de aclarar. Sin el paso dado por el profesor Emilio Carilla, sería imposible todo avance crítico, histórico y estético acerca de nuestra materia literaria americana. Terminamos, pues, con las palabras iniciales. El estudio sobre el romanticismo en América española (dado que el del Brasil es para nosotros casi novedad por desconocer)

cimiento) ofrece una visión de utilidad. Los errores serán de enfoque y de la complejidad del hecho escarmenado, pero nunca de intención o fidelidad investigadora.

BENJAMÍN ROJAS PIÑA.



*Perspectivas del Hombre*, por PEDRO ZULETA GUERRERO, TULIO LAGOS  
VALENZUELA y LUIS FUENTEALBA WEBER

TRES MOSQUETEROS del espíritu se han sumado en esta hazañosa andanza, como es la de entregar a la luz pública de esta tierra tan poco dada a la digresión metafísica, un manojo de ideas, reflejo vívido de la búsqueda conceptual y anímica del hombre, sostenida desde las cosmogonías hasta el interrogante pavoroso del presente. Comprometedora empresa ésta de explorar con criterio multifocal, el confuso, abstruso, contradictorio mundo del pensamiento, aunque el haz luminoso apunte sobre zonas determinadas. El espíritu, esencialmente inquisitivo y removedor, ha creado a través de su historia insomne y alucinada una abrumadora selva, en que primero la imaginación estremecida por el temor, luego la intuición encendida y más tarde el pensamiento organizado, le han dado temible o enervante prestigio.

Como sus autores lo advierten, el libro parece estar destinado a promover en nuestro medio el interés por la tarea filosófica, a fin de que el habitante de estas latitudes conquiste una postura mental útil para la comprensión o el atisbo de los problemas que la vida actual le formula. En las primeras páginas se lee: "Es privativo de la filosofía proporcionar una base de sustentación segura al hombre contemporáneo" . . . "Debe mostrarle la verdadera ruta que lo conduzca al cumplimiento de su misión y a la salvación de su destino".

El libro, breve, incluye dos trabajos colectivos en su primera parte: "En torno a la idea filosófica del hombre" y "El hombre y el aprendizaje de la filosofía". Las partes siguientes comprenden cortos ensayos: "Hombre y conciencia", de Pedro Zuleta; "El hombre y su ubicación", de Tulio Lagos, y "Hombres eminentes", semblanzas de don Enrique Molina, Augusto Comte y Emilio Durkheim, de que es autor Luis Fuentealba.

Antes de examinar el contenido del libro cabe sugerir que el tema, "El hombre y el aprendizaje de la filosofía", tal vez altera y descompone el ni-